

# Tiburones sardinas

## ROBERTO BAÑUELAS

Prósperos e inevitablemente ricos a costa de la miseria del pueblo y de la hipoteca impagable del país, los triunfadores del siglo se reunieron alrededor de la alberca (por si alguno deseara un suicidio acuático) y brindaron con coñac de marcas en pugna entre Francia

y España; luego, antes de pasar a las habitaciones habilitadas para la suprema fornicación con modelos de belleza de cualquier género, con el pulgar y el índice tomaban de la fina nieve que mudos camareros distribuían en bandejas de plata de Taxco.

Sobre basureros de la historia y en desiertos de ignominia, un tercio de la humanidad grita y aúlla en



Martín Velázquez

idioma universal el nombre del hombre ancestral que le acompaña.

El hombre piadoso y civilizado, por razones continentales de distancias planetarias, queda muy lejos de alguna posible y tibia solución.

Tu otro yo oculta en el desván de los deseos frustrados su traje de fantasía sensible y, protegido con la armadura de cinismo pragmático, sales a combatir por el plato fuerte del menú antagónico del día entre calles que se alargan y cambian de nombre porque así lo ha decidido, para su grotesca y efímera gloria terrenal, otro anti-héroe del poder.

Es triste llegar a viejo y formar parte del ejército de desempleados cuando todavía se tienen fuerzas para sufrir con más hondura que en la juventud contaminada de sueños parecidos a todo lo que no fuimos capaces de conseguir. Sin fusil y sin esperanzas de vencer a la diaria derrota de la existencia, cada mes nos formamos en una fila disciplinada y civil para cobrar la pensión que disminuye frente a la imbatible devaluación y la triunfante inflación. La venerada ancianidad, mi estimado Lorenzo, es cosa de leyenda.

El hombre, mamífero adiestrado en la debilidad de creer y en el arte de mentir, se agrupa con los fuertes para declararse, como ellos, propietario de la verdad y de algunos bienes más tangibles.

Hoy, en otra demostración de agravio, escolares desnutridos y funcionarios con alto colesterol, en una suma de inconciencia nacional, a la misma hora desafinaron en un intento de cantar algunas estrofas del Himno Nacional.

A una señal se disparan fusiles o ametralladoras. Marchamos, corremos, gritamos vivas y hurras, saludamos, agradecemos, cantamos los nuevos himnos, sepultamos el recuerdo de los verdaderos héroes y exaltamos –bajo consigna y amenaza– a los que bendan y venden la patria y la patria.

Esta tarde, todavía vibrante de luz, los mineros emergen oscuros y vencedores, pensando en la esposa, los hijos, la cena y el sueño amenazante frente al deseado amor.

Mañana, otra vez, se repetirá el descenso a las profundidades donde brillan los metales en la oscuridad del infierno renovado.

-No me hable, compañero, que estoy de guardia. No sé cuáles sean sus intenciones, pero no quiero que me confundan como cómplice. Váyase o le disparo.

Todos los desposeídos, combatientes de la hambruna que se arrastran como una constelación doliente sobre la costra de la Tierra, son componentes de una constante migración que sin bandera y sin patria que los ampare, carecen también de los medios para escapar a otro planeta.

Entre la lucha creadora y la reacción conservadora el retorno no fue a la realidad dialéctica, sino a la fe siempre contaminada de supersticiones en el extenuante viaje de un destino con señales de brumosa incertidumbre.

Esto no es el fin del mundo ni la decadencia de occidente, sino de la clase que ya ha cavado su tumba con la creación prolífica de sus factores antagónicos. Hermanos: ésta es palabra de sociólogo en el exilio de todas las ventajas que brinda un país para la multiplicación de fortunas con origen delictivo inexplicable y no encontrar a los culpables de que profesionistas titulados no tengamos empleo y nos veamos en la imperiosa necesidad de conducir un autobús o un taxi, que debe tener aparato de radio para no oír los lamentos y maldiciones de los pasajeros contra la situación de crisis redundante que cada día nos borra a los héroes que sí nos dieron patria, aunque ahora los peces gordos que se dicen decentes porque usan retrete de lujo, la estén hipotecando para que nada les falte a las cien generaciones herederas del poder.

Los protagonistas del salto generacional, estimulados por las promesas de una felicidad sin límites, quedaron decepcionados cuando les mostraron que esto era el mundo, inaccesibles los caminos y férrea la lucha de cada día. “No sean cabrones –protestaron con ira–. Si no somos lo más selecto de la pléyade genética, tampoco somos lo que quedó del eslabón perdido”.

–No lo consideren como el fin del mundo y pónganse a trabajar con el objetivo de cambiar la pendeja evolución en revolución triunfante – arengó el conductor de multitudes desorientadas.

La nueva doctrina –otra más– nos hace marchar hacia la implacable tarea para alimentar el cuerpo cautivo del sistema implacable.

La globalización multiplica máquinas, fortunas concentradas y multitudes que protagonizan la hambruna programada.

En esta sociedad en la que cada día, con rigor científico se sistematiza más el desempleo, aumentan con rabia los perseguidos y con odio y sueldo los perseguidores.

Si Dios es tan grande, para qué te necesita; si eres tan pequeño, para qué le sirves.

Con el cuerpo completo o mutilado y el alma rota regresaban los soldados y se sumaban con sus gritos al júbilo de la victoria por haber aniquilado a otros semejantes que también eran hijos de Dios.

No pienses en las arbitrariedades que cometen los directivos del partido y aléjate a tiempo, antes de que usen tu cabeza pensante como ariete para romper las puertas de la fortaleza del poderoso enemigo.

Las sombras se adaptan, con los mismos vicios, a las virtudes decretadas por el nuevo sistema.

También las revoluciones triunfantes son reaccionarias, dogmáticas e intolerantes.

Los sentimentales del arte, cuando admiran la obra de un creador rescatado del olvido (que casi murió de

hambre), siempre están de acuerdo en haberle ayudado si lo hubieran conocido.

Aquellos que afirman que no hay lucha de clases están siempre humillando a los de abajo y sometiendo servilmente a los de arriba que, a su vez, quieren disminuir y degradar a los que compiten con ellos en poder y capacidad destructiva. Entre la fauna de ultraderecha, hay algunos que son más conservadores que otros.

Aunque no sólo de pan o de caviar vive el hombre, primero está comer que ser místico, creyente, libre pensador, escéptico, materialista dialéctico, ateo, fundador de mitos y sistemas, inventor de religiones y...

Los mutilados de guerra, los afortunados que ya reciben su pensión, desviven el tiempo que les queda jugando cartas con sus muñones y sus prótesis. La calma ya volvió también entre los amigos. ■



Alejandro Caballero